

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 388.

Alicante 11 de Mayo de 1878.

Año IX.

FUNCION RELIGIOSA.

El domingo último, cinco del presente mes, tuvo lugar en la parroquia de Santa María de esta ciudad la que consagra anualmente la Asociación de Señoras para la oración y vela al Augusto Sacramento del Altar, en cumplimiento de lo que prescriben sus estatutos.

Como estaba anunciado previamente, se celebró por la mañana la misa de comunión y después la solemne con música, en la que predicó el Sr. Canónigo D. Florentino de Zarrandona, y por la tarde se cantaron el trisagio, *Crédidi* y Letanía para la bendición y reserva.

El orador sagrado estuvo, como de costumbre, á la altura del asunto y del objeto á que particularmente se dirigía, y áun respecto de este pareciónos que se acomodó más que otras veces; porque elevado y elegante cuando hablaba del Misterio augusto de la Sagrada Eucaristía, se expresaba natural, sencilla y elocuentemente á la vez cuando se dirigía á las personas de la Asociación, en quienes por su carácter propio supera de ordinario la ternura del co-

razon á la fuerza de la inteligencia. Si esta se eleva á grandes concepciones, penetra y comprende, aquel ama en virtud de su índole peculiar; y como el Misterio objeto de estos cultos es todo Misterio de amor, y de amor sublime, incomensurable y divino, hacia bien el orador en dirigirse especialmente al corazón de sus oyentes, en el que tiene aquel su exclusivo asiento.

Aparte de esto, ¡cuán grande, cuán noble, cuán digno y cuán elevado es el oficio que desempeña la Asociación de la oración y vela! Si el servicio de la persona se levanta y ennoblece en proporción de la dignidad y altura de aquel á quien se presta, no puede haber nobleza comparable con la de los servicios de aquella Asociación. Si la guardia perpetua al Cordero la forman en el cielo los ángeles, y nadie menos que ellos puede formarla, ¿con quién habremos de comparar á los que acá en la tierra desempeñan este mismo cargo en la casa del Señor? Como no se concibe más altura del Ser á quien se sirve, no se concibe tampoco más honor en el que llena este servicio.

Estas y otras consideraciones delicadas, tiernas, siempre razonadas

y siempre oportunas, llenaron la parte principal y más importante de la oración, que si no consumió largo tiempo, abundó en cambio en reflexiones útiles y sustanciosas moral y religiosamente consideradas.

También nosotros, al fijarnos en la grandeza é importancia de esta institución, nos paramos á la vista de ella á considerar las ventajas que ha de reportar en el órden de la familia y en el órden social. Vemos aquí una porción considerable de Señoras de todos estados que, dando de mano á las vanidades y locuras del mundo, consagran gustosamente parte de su vida á prácticas religiosas y santas, provechosas para sí y de buen ejemplo para los demás; las vemos ejercitarse en las virtudes cristianas, oír la palabra evangélica, frecuentar los sacramentos, confesando á Dios en medio de un mundo que por su desgracia hace alarde de indiferente y descreído; las vemos siendo ejemplo vivo y permanente de religiosidad y de piedad, y desde luego no tememos inferir de un modo seguro, que aquí se halla el verdadero plantel de las mujeres fuertes del Evangelio, que en su día y en sus respectivos estados han de concurrir necesariamente al sosten y educación de la familia, al mejoramiento de la sociedad y á la civilización del género humano.

Al llegar á este punto de nuestras reflexiones, asáltanos á la memoria el recuerdo de otra Asociación idéntica á la de que nos estamos ocupando, de la cual, si no nos atrevemos

á decir que haya muerto, podemos asegurar que no dá en estos momentos señales de vida. Y lo sentimos en el alma, porque, como la Asociación de Señoras, la de hombres está dedicada al mismo sagrado objeto, y está llamada á dar los mismos provechosos resultados, que ya principiámos á tocar cuando estaba en el ejercicio de sus funciones.

Qué pasa aquí en este asunto? Qué fatalidad se ha interpuesto para estorbar de una manera tan continuada la marcha de la Asociación aludida? Cerca de doscientas personas la forman, entre ellas muchos Eclesiásticos. ¿Cómo no procuran remover los obstáculos que se opongan? No es negocio este, en nuestro concepto, que debe mirarse con frialdad é indiferencia y abandonarse al azar. Ese grupo que se había formado al rededor del altar santo, en una época en que á tan bajo precio se cotizaban estas aficiones y tendencias religiosas, no conviene disolverle, sino aumentarle y apiñarle. Pronto se saborearían los buenos frutos de él. ¡Menguada cosa fuera, y nunca bastante llorada, que los que iniciaron el pensamiento de estas religiosas asociaciones, abandonaran el campo á la gente más débil, precisamente cuando más se necesita de fuertes y robustos brazos para luchar contra los enemigos de nuestra religión! Confiamos en Dios que no lo permitirá.

Pero volvamos á nuestro relato, del que momentáneamente nos habíamos separado. La función del domingo fué en todos conceptos sólem-

ne y digna de su sagrado objeto. Multitud de luces colocadas con gusto resplandecían en el templo, y un número extraordinario de bellísimos ramos de flores embalsamaban el ambiente; al paso que adornaban el presbiterio y Altar mayor de una manera agradable y sorprendente. El concurso fué grande, tanto á la misa de comunión como á los demás actos, mucho más de lo que podía esperarse, atendido el estado del día en que no cesó de llover. Grata es la memoria que conservamos de esta solemnidad. Bendigamos á Dios que nos dispensó la merced de presenciarla, y pidámosle que nos conceda verla repetida en adelante, como una señal inequívoca de que el sentimiento religioso se conserva y aumenta entre nosotros.

LA MUJER CRISTIANA.

III.

Claro es que no hemos de olvidar las confesiones que repetidamente ha hecho la autora de la carta publicada. A sabiendas declara que no ha mejorado la condición de la Iglesia de tal modo que sean ya punto ménos que innecesarios los esfuerzos de todos los fieles, hechos con el fin de arrancar ventajas de cuenta en favor de los intereses católicos, tan castigados y ofendidos por la revolución de 1868. Nótese que la carta muestra singular empeño en limitar el campo de nuestras indagaciones á los diez últimos años: cediendo nosotros al deseo de la

desconocida escritora, no hemos de ir más allá de dicha fecha, aunque bien pudiéramos hacerlo.

Más, no nos basta la confirmación de nuestra tesis, hecha con algunas reservas que en cierta forma destruyen ó aminoran el valor real de nuestras conclusiones. Pecaría de confiado y cándido quien á boca llena proclamase que las mejoras conseguidas en estos últimos años eran esencialmente satisfactorias y bastantes por sí mismas para ocasionar desde luego alegres cánticos de alabanzas. Es posible que haya quien tal crea; no tenemos motivos para dudar de la existencia de esas almas cándidas, antes bien nos lamentamos amargamente de que existan; pero nosotros no podemos asociarnos á su poco meditada satisfacción.

Sin profundas meditaciones, sin el evidente riesgo de incurrir en error, no puede decirse cual es la situación más conveniente de las dos que se comparan, y cuál es la más conforme con nuestros propósitos en materias religiosas. No han de cegarnos nuestras obligaciones de hijos fieles y amantísimos de la Iglesia hasta el punto de que resuelva nuestro criterio una duda que tienen todos los espíritus y que oprime todos los corazones. Mas lo que si hacemos resueltamente y sin dudas, es afirmar que la Iglesia no está bien; lo que si declaramos, es que nuestros derechos no han alcanzado ventajas palpables; lo que negamos sin vacilación pueril es que gozamos de perfecta dicha. Y sobre todo, insistimos en que la revolución *ha sentado el pié* en nuestra patria, dolor mayor, desgracia más lamentable que cuantos dolores y desgracias sufrimos después de 1868.

Mientras duró la anarquía brava, en tanto que rugieron las tempestades que desencadenaron los gritos de Cádiz y Alcolea, pudimos gozar de la esperanza de que tras aquel cielo borrascoso, encajado con los nubarrones de la impiedad y de las malas ideas, guardaba sus benéficos rayos para mejores días el sol de la libertad cristiana. Dicen que ya se rasgaron las nubes preñadas de tormentas; pero los católicos no han visto brillar todavía en toda su pureza el astro de sus amores.

Ahora bien; si esto es así, si la lucha prosigue, al parecer ménos violenta, aunque quizá más mortífera, ¿por qué tomamos el descanso que Dios solo consiente al vencedor? ¿Qué razones, qué secretos móviles pueden autorizar esa apatía desconsoladora que se ha apoderado de una gran parte de la grey cristiana? ¿Cómo entiende la mujer católica que su obra está acabada, y que hoy solo queda el tranquilo disfrute de imaginarios triunfos? ¿A cuándo aguarda para emplear las ricas dotes de su actividad, celo y legítima influencia?

Entienden muchas señoras que una vida irrepreensible, la práctica de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, el feliz empleo de sus caritativos sentimientos, constituyen el ideal de la mujer cristiana. Así es, hablando en tésis general; pero estas cualidades excelentísimas bastan para hacer de la mujer un ángel, pero no la dan toda aquella influencia que por ministerio de su carácter y misión debe tener. Con confesar frecuentemente, oír misa todos los días, emplear las horas en el cuidado de su casa y en la santificación de su vida, como decia nues-

tra distinguida comunicante, puede salvarse la mujer cristiana, y merecer, de cierto, la bendición de Dios y de los hombres; pero acaso no impedirá que sus hijos profesen malas doctrinas y malogren su corazón y entendimiento en universidades y ateneos; no impedirá que su marido escriba malos libros ó periódicos; que la propaganda de las sectas crezca y prospere; que los principios sociales peligren; que el clero sea perseguido y que la Iglesia sufra amarguras y quebrantos.

Es decir, ella se salvará, pero no ayuda á salvar á los demás. Y este es el verdadero punto de la cuestión: este es, como si digéramos, el problema propuesto.

¿Merece el problema toda la atención de la mujer católica, reflexiva y bien intencionada? Parece indudable que sí: de seguro que á poco de meditar sobre él, nadie podrá negar su importancia. Luego preciso es aplicarse constantemente á su más dichosa resolución y dar de mano á los escrúpulos, abatir las consideraciones personales y escuchar las altas voces que la propia conciencia, bien enterada del asunto, dará en el presente caso.

Es posible que las almas tibias por naturaleza, ó entibiadas por el influjo de ciertos sucesos entiendan acabada su misión de procurar por los intereses religiosos de España. Pero esto, una vez confirmado y puesto fuera de duda, nos autorizará á lamentar el daño y á censurar á sus causantes: esto aguzará nuestra pluma que uno y otro día ha de poner á la vista de todos el extraño contraste que ofrecen los hechos de hoy con los hechos y promesas de ayer: esto nos obligará á insistir en el pensamiento que ha dado origen á estos artículos, por más que por

ello incurramos en el desagrado, que de veras sentimos, de la autora de la carta.

MOVIMIENTO CATÓLICO.

Siete años hace que la metrópoli del mundo civilizado se hallaba sitiada por un ejército extranjero. La rendición de la plaza fué la señal que sirvió á los impíos para declarar la guerra á la sociedad, á la Iglesia y á su misma patria. Guerra atizada por todos los elementos díscolos, por todos los espíritus revolucionarios albergados en París. La tea incendiaria de la *Commune* eclipsó por algun tiempo los fulgores de esa antorcha que ilumina el cerebro de la civilización, cuyos pasos agigantados son guiados por la Providencia que todo lo cria y todo lo designa.

Hace siete años que la furia de hombres desalmados sin hogar ni familia, saqueaban y asesinaban á cuantos seres indefensos se les antojaba. Y mientras aquellas hordas de foragidos cometían sus crímenes, el pueblo sensato temió por sus vidas, después de haber perdido muchas riquezas; solo la Iglesia que siempre ha tenido héroes, proporcionó á la ciudad consuelo con sus hermanos de la doctrina, con sus hermanas de la caridad, con sus padres misioneros que por todas partes daban pruebas de viva fé, alentando al moribundo, consolando al desgraciado, sacrificándose en medio de los mayores peligros.

La *Commune* necesitaba saciar su sed de exterminio, y descargó su ira contra los hijos de la Iglesia católica. Necesitaba víctimas, y las arrancó á los templos,

violando sus umbrales, pillando sus sagrados tesoros y franqueando el saqueo á sus asociados.

En pleno siglo XIX, en la capital de la moderna civilización, á la tenebrosa luz de las hogueras que amenazaban reducir á escombros la ciudad, una banda de monstruos disparaba sus fusiles contra seres indefensos que tanta ayuda habían prestado á las numerosas víctimas de la lucha fratricida.

El Cardenal Arzobispo de París cumplió fielmente su misión hasta el último momento; contrajo compromisos con la Iglesia, de los cuales no se podía desligar; al pié del cadalso y juntamente con 16 respetables sacerdotes llevó á fin la fórmula de su consagración: *Jusque ad effusionem sanguinis*.

.....

¿Quién produce héroes mas grandes que la Iglesia? ¿Quién cuenta con mayor número de mártires que la Santa Madre Iglesia?... Y no obstante, de cada gota de sangre con que las víctimas rocían el lugar de su inmolación, brotan millares de cristianos dispuestos á imitarles en fé, en abnegación y en virtudes. Y si el ateísmo, el salvajismo ó la saña de hombres enfurecidos necesita nuevas víctimas, no por eso vacilan los católicos, presentándose ante el peligro, dispuestos á imitar á sus antecesores por alcanzar la palma del martirio.

Almas sublimes, conservad la grandeza de vuestros cuerpos, la fé que os anima, la abnegación que asombra!

¡Cuerpos débiles, no corrompáis nuestras almas, elevad siempre vuestro pensamiento al cielo, y vereis la gloria!

II.

París marcha á la cabeza del progreso.

El universo prospera en todos los ramos del saber humano. ¿Y quién dice que la fé y la esperanza que Dios concede al cristiano, es influencia agena á los progresos de la humanidad?

¿Quién sino la Iglesia católica, con su ejemplo y con sus saludables máximas, produjo hijos tan ilustres como Santa Teresa de Jesús, San Vicente Ferrer, San Luis, rey de Francia, y San Fernando de España? ¿Quién dió un mundo á la corona de Castilla? ¿Qué nacion ni qué secta ha producido talentos tan esclarecidos como los de un Cisneros, de un Richelieu, de un Bossuet ó de un Balmes?

¿Veis los progresos materiales, y no veis los milagros patentes del siglo presente?

¿Qué ha sucedido en Francia desde 1793? Leed su historia, empapaos bien de sus páginas. Dirigid vuestras miradas á Inglaterra, y vereis los progresos en el mundo material, unidos á los progresos en el mundo religioso. Contemplad ese poderoso Estado, esa Confederacion germánica que tanto persigue á la Iglesia de Roma, y preguntad qué ha hecho, cuáles son los resultados que ha producido su persecucion á los súbditos católicos. Su nombre, trasformado en imperio, ha ensanchado la esfera de la verdadera religion, y hoy, á pesar de tanta vejacion y de tanta arbitrariedad, el número de protestantes ha disminuido considerablemente, los disidentes no tienen conciencia de lo que son, porque no quieren ver la verdad donde bien claro se expone, y los católicos, fuertes y unidos

cual nunca, han aumentado su número con algunos millones en el corto periodo de seis años.

En Rusia las conversiones tienen lugar con mucha frecuencia; la estadística eclesiástica de aquel poderoso imperio arroja una cifra de 54.000 individuos que han abrazado la religion católica en el periodo de tres años.

Y si estas notas que apunto no son suficientes, ahí teneis una proporcion de los progresos que la industriosa Bélgica ha realizado, comparados con los que ha alcanzado en la via del progreso religioso. Nuevas industrias, nuevos templos.

En Francia, en la nacion eminentemente católica, de treinta y seis millones de habitantes, gozan la mayor parte de ellos de esa dulce paz que ofrece la religion católica, apostólica y romana, predicada por sus hijos. Los progresos que se notan en los ramos del saber humano están estrechamente ligados á los progresos alcanzados en el orden moral.

Del Austria, sus buenas relaciones con el papado son la palabra más elocuente de sus piadosas creencias.

La Italia, nacion que disminuye en riquezas á causa de sus convulsiones políticas y de los frecuentes cambios que en su administracion experimenta, guia con su movimiento católico la marcha de los demas fieles del universo.

Roma, esa histórica y pintoresca ciudad, sentada sobre el Tiber, que se levanta magestuosa en el corazon del orbe católico, dirige con su poder y la savia de sus santas leyes los destinos de su Iglesia, cuya esfera de accion se extiende hoy hasta los lugares mas recónditos del mundo.

De España, de mi patria querida, cuya

uz y cuyo suelo es la obra privilegiada de Dios ¿que os diré? La fé que anima á ese pueblo todos la sabeis. El progreso material se ha quedado en zaga, en tanto que la religion católica ha creado nuevas escuelas, ha ensanchado su órbita.

Las convulsiones de la patria se han dejado sentir en todas las regiones, han penetrado en el humilde hogar del aldeano, y la politica con sus halagos y los hombres con sus promesas han contribuido á que el obrero y el propietario, el letrado como el banquero, lloren hoy los perniciosos efectos causados por la revolucion.

Seis años de persecucion continua ha sufrido la Iglesia en España; seis años de penosa situacion ha soportado resignadamente su clero; y ni los sufrimientos, ni las penalidades han sido suficiente á minorar un átomo las creencias de ese gran pueblo, que tiene por pastores prelados ilustres, que no han cesado un momento de animar con su ejemplo á sus amedrentados rebaños.

La Iglesia católica en España ha sufrido, mas no ha perdido.

La agricultura y la industria, ramos que el hombre debe esplotar para vivir, han sufrido, han perdido y pierden.

Las eminencias de la Iglesia, unidas á las eminencias de la patria, podian proteger el trabajo, si, como hace aisladamente el clero español, trataran los gobiernos ante todo de propagar la virtud y de fomentar la moralizacion.

Sin hombres de capacidad no hay Estado posible; sin religion no hay hombres capaces, ni hay trabajo, ni habrá paz.

III.

Hecho mas edificante, prueba mas evidente de lo que influye la religion católica en la vida de los pueblos modernos, no se vé hoy mejor que en Paris. En esta ciudad de los horrores, cuyo relato detiene hasta las plumas.

Es en extremo satisfactorio el contemplar todo un pueblo agitado por las más grandes pasiones, embellecido por una multitud de maravillas y enriquecido con todos los elementos de que puede disponer el hombre, agruparse estos dias en torno de los templos católicos, penetrar en su interior y contemplar el cuadro sublime que ofrece la veneracion de tantos fieles, postrados de rodillas y elevando con fervor sus plegarias al Todo-Poderoso.

De las ciento cuarenta y tres iglesias parroquiales y capillas que existen en Paris, apenas se han visto algunas poco concurridas, por hallarse situadas en los barrios excéntricos. En la mayor parte se aglomeraba la gente de tal modo, que la policia se encargó del órden en las puertas de entrada y salida.

Se puede calcular por término medio en cinco mil por cada iglesia el número de personas que las han visitado, siendo mucho mayor la concurrencia en las veinte y cinco ó treinta que ocupan los puntos principales de la Cité.

Los espectáculos sin excepcion alguna, han cerrado sus puertas en los dias jueves y viernes Santos. La circulacion de los carruajes en todas direcciones, el movimiento de la poblacion y la espesa arboleda de sus vías ofrecia un aspecto tan animado, que hacia recordar el lujo que

se despliega para solemnizar la semana Santa en Sevilla, en Valencia y en Madrid.

El primer día de Pascua de Resurrección se ha celebrado con todo el ceremonial revistiendo todo la pompa que caracteriza las grandes festividades. Millares de almas se han acercado á la mesa sagrada á recibir el pan Eucarístico, presentando una escena conmovedora el recogimiento de aquellas almas devotas y la compostura que en las fiestas han observado.

Al apercibirse de la desmoralización que ocasiona tantos crímenes, exclama uno mismo: ¡*Oh Paris, Paris! eres un monstruo.*

Al contemplar la religión que profesan sus habitantes y sus elevadas manifestaciones de los sentimientos que abrigan exclama uno lleno de regocijo: ¡*Paris Paris! cuanto vales!*

V. C. de las Cruces

Paris 22 abril 1878.

CRÓNICA RELIGIOSA.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el anuncio, que insertamos en la sección correspondiente, de unos libros y objetos religiosos.

Suponemos que á la hora presente, y después de conocer la carta en que el P. Curci se retracta de sus doctrinas, habrá *La Epoca* escrito algun suelto para confesar que se hallaba equivocada respecto al alcance de aquel documento que también insertará de seguro en sus es-

paciosas columnas. Al fin, es verdaderamente notable la carta, y un periódico que á nadie quiere ceder la palma del catolicismo, ni aún á los ultramontanos, se apresurará á congratularse por un hecho como este, de que con gran alegría damos cuenta.

Dice así la carta:

«Santisimo Padre:

El presbítero Carlos María Curci, sabiendo que algunos de sus últimos escritos y actos han sido ocasion de escándalo, según le han hecho observar doctas y piadosas personas, y deseoso de alejar, por su parte, hasta la sombra, viene á echarse á los piés de Vuestra Santidad para declarar su adhesión plena y sin restricción alguna, con alma y corazón, á todas las enseñanzas y á las prescripciones todas de la Iglesia Católica, y en particular á cuanto los Soberanos Pontífices, y recientemente Vuestra Santidad en la Encíclica *Inscrutabili*, etc., enseñan acerca *del poder temporal* de la Santa Sede.

»Deplora el dolor que sus escritos y sus actos han podido causar á Vuestra Santidad y á su predecesor, habiendo abrigado siempre los mas sinceros sentimientos de filial homenaje y de docilísima obediencia hácia el Vicario de Jesucristo, al cual somete su criterio, como al único Juez legitimo y competente de cuanto pertenece á la verdadera utilidad y al verdadero provecho de la Iglesia y al bien de las almas. Esta declaración la hace como sincero católico, cosa que siempre ha sido y es aún; y á la vez que retira cuanto Vuestra Santidad juzgue digno de censura, se pone de nuevo plenamente en vuestras manos, pronto á se-

guir en todas partes y siempre vuestro infame magisterio.— *Cárlos María Curci*, presbítero.

«Roma 29 de Abril de 1878.»

Como dice con mucha razon *El Mundo Politico*, de seguro que el P. Curci ya no es tan ilustrado, ni tan eminente, ni su libro tan notable para *El Imparcial* y sus colegas, que llegaron á poner sobre las nubes al sábio jesuita, cuando se apartó de su órden y del camino de la verdad.

Pero la satisfaccion íntima que ha de producirle este acto de espontánea y cristiana sumision y la alegría de los buenos le resarcirán con creces de los arteros elogios del *Imparcial*, de la *Italia* y del *Diario de los Debates*.

Dice el *Osservatore Romano* del 13: «Ayer tarde las salas capitolinas presenciaron nuevos atentados contra la Religion, ó sea contra la enseñanza religiosa en las escuelas. No se tiene valor de excluirla enteramente, pero se exige que se dé solo á aquellos alumnos cuyos padres la reclamen. Y esto en nombre de la libertad de conciencia, la cual en este caso práctico encierra una páfida asechanza. Y esto, á petición de cuatro individuos, los cuales no tienen nada de comun con Roma, porque tres de los mismo nacieron en otros países, de los que no les ha llamado ciertamente nuestra ciudad, ni se lisonjea mucho de tenerlos por huéspedes forzosos.

¡Oh ateos é ignorantes! Roma os rechaza y se honra de no tener nada de comun con vosotros, como solemnemente declara rechazar la perversa deliberacion de

la mayoría del municipio, en la que está contenida, como hemos dicho, una páfida asechanza.»

Los periódicos de Roma publican numerosas felicitaciones presentadas al Soberano Pontífice con motivo de la fiesta de San Leon el Grande.

Numerosos telégramas llegaron en dicho dia al Vaticano, procedentes de todas las partes del mundo católico, y fueron concedidas por Su Santidad muchas audiencias.

El municipio de Carpineto, pueblo natal de Leon XIII, solicitó el honor de ser recibido por el Soberano Pontífice.

Segun cartas de Salamanca, la Juventud Católica de aquella ciudad acaba de celebrar una brillante sesion en honor de la gran santa española, Teresa de Jesus.

Cordialmente felicitamos por sus generosos esfuerzos á la academia de Salamanca, una de las primeras que respondieron al llamamiento que la Juventud Católica de Madrid dirigió á los jóvenes de España en 1869, y que siempre ha conservado puro el espíritu de la asociacion.

Menester es que los católicos todos nos convenzamos de la conveniencia de favorecer á la Juventud Católica, cuyos eminentes servicios á la fé acaba de premiar el Papa Leon XIII con su apostólica bendicion, segun dice la carta dirigida al Consejo Superior por el Cardenal secretario de Estado.

VARIEDADES.

UNA PÁGINA DE HISTORIA.

Ayer examinábamos en Pio IX al Pontífice, al Soberano, al hombre público; hoy le miramos en su vida privada, rica en anécdotas y en detalles curiosísimos. Gozaba de fama de hombre de talento y sociable, fama bien merecida, pues se cuentan de él muchos dichos originales, no desmintiendo nunca su índole benigna, carácter afable y genio pronto y vivo, con tendencia alguna vez á la sátira.

Si bien era espléndido y magnífico en todo lo que tocaba al culto, funciones religiosas y ceremonias pontificales, en su vida privada era de costumbres y hábitos sencillísimos. Se contentaba con un gabinete de estudio y un cuarto para dormir. Este último era cuadrado, sin alfombras y con cortinas muy sencillas; en el fondo una cama de hierro sin colgaduras, y separado un reclinatorio con un crucifijo. El gabinete de estudio era pequeño, bajo de techo, las paredes tapizadas con un papel común, y por todo mueblaje una mesa cubierta con un tapete, dos sillas, un sillón y una librería. Pio IX nunca hacía encender fuego en su dormitorio. Acostumbraba levantarse á las cinco y media; su camarero le entraba el agua templada y él mismo se afeitaba y se vestía sin ayuda de nadie. Después de hacer sus oraciones entraba en su capilla privada á adorar al Santísimo Sacramento; después celebraba misa; cuando no podía ofrecerla él mismo por efecto

de alguna indisposición, asistía á la que decía alguno de sus capellanes y recibía la Santa Comunión. A las nueve tomaba el caldo ó el café, y después se ocupaba solo en sus trabajos ó bien en compañía de sus cardenales y prefectos de las varias corporaciones. Comía á las dos, en la mesa solía beber un vino blanco que compraba en la calle *delle Tre-Cannelle*, pero en sus últimos años bebía un poquito de Burdeos, de que tenían el privilegio de abastecerle las hermanas de San José de aquella ciudad, y era el producto de una viña que las hermanas cultivaban con sus propias manos y que por eso la llamaban la viña de Pio IX.

Las comidas eran por lo regular muy frugales, y solía mandar á los hospitales la mayor parte de las ricas provisiones que le regalaban. Raras veces probaba dulces ó pastas. Después de comer descansaba un cuarto de hora después rezaba en el breviario; daba en seguida un paseo por las galerías del Vaticano, ó, si el tiempo lo permitía, en los jardines.

Tenia predilección por una calle tapizada de *volúbilis* y formada de magníficos naranjos, donde solía sentarse en un banco de hierro, y á la sombra de un terebinto cerca de una fuente llamada *della Zittella* se divertía en distribuir pedacitos de pan á los pichoncitos y pavos reales. Antes que su salud le obligase á quedarse en su cámara, paseaba solo apoyado en un bastón, con paso tan rápidos que á veces á sus familiares les costaba trabajo el seguirle. Tenía una alegría ingenua casi infantil de conservar tan buenas piernas, y solía á veces pararse para no hacer sudar, como él decía, á sus compañeros de paseo, casi siempre mas jóve-

nes que él. Desde las cinco hasta las nueve solía volver á su trabajo; á esta hora cenaba; á las diez se retiraba á su habitación.

En el mes de Agosto de 1861, el Marques de Cavalleti, al frente de una diputación de la nobleza romana, pensó saludarle con el nombre de Pio IX el grande, ofreciéndole un trono de oro.

El Papa rehusó el título y la oferta con una firmeza afable y cortés. Como exclamó; mientras vivo todavía? admiro vuestra imprudencia. La Iglesia para canonizar á sus santos espera hasta muchos años despues de su muerte, puesto que mientras un hombre respira nadie puede afirmar que su heroismo desmentirá.

En una de las últimas visitas que hizo Pio IX á la Villa Borghese, se acercó á él un viejo gendarme y le dijo: «Santísimo Padre, tengo veintidos años de servicio y no me quieren dar el retiro.» Pio IX contestó riéndose: «todo al contrario de mí; no tengo todavía veinticinco años de servicio, y hace ya mucho tiempo que me lo quieren dar.»

Y tomó nota de la petición del viejo militar.

Junto á un monumento de Roma se veía un puesto para freir pescados, pastas etc.

De pronto la administración mandó al dueño que se fuese de allí y llevase su oficio á otra parte, porque ensuciaba el monumento. Pio IX, Soberano aún, pasó un dia por delante del puesto, y el buen

hombre de pronto, corriendo hácia él, se puso á gritar: «Santo Padre, yo soy freidor. Me quieren quitar de aquí con mi oficio que he ejercido hace muchos años; es una indignidad, Santo Padre! Aquí hay papel y pluma, escribid algo en mi favor.» El Papa, sonriendo de la sencillez del pobre hombre, tomó la pluma y escribió:

Freie como quieras;
Freie donde quieras;
Freie cuanto quieras.

Un dia el cirujano de Pio IX. Constantini, tuvo que hacerle una operación dolorosísima. El paciente no dijo palabra, no dejó escapar un suspiro. Cuando todo se acabó, Constantini le preguntó si había sufrido mucho. Pio IX, contestó sonriéndose: me habeis hecho ver más estrellas que el P. Secchi.

Un joven parisiense gravemente enfermo de una pierna, para la cual le aconsejaron hiciese uso de una media del Sumo Pontífice, como remedio milagroso para curarse, compró á caro precio una de estas medias, y..... curó. Pidió en seguida una audiencia á Pio IX, y le dió las gracias con efusion por el milagro operado. «Es sorprendente en verdad, le dijo el Papa con su sonrisa finísima, que vos os hagais curado poniéndoos por pocos instantes una de mis medias, mientras que yo, que las llevo todo el dia, tengo siempre enfermas mis dos piernas.»

Recorriendo las noticias que en este último año han publicado los periódicos

sobre su salud, Pio IX dijo un día á un gentil hombre anglo-romano:

Hace veinte años que leo todas las semanas, y á veces varias veces á la semana, que el viejo del Vaticano está agonizando, que está para morir, que ha muerto. Estoy en las manos de Dios: *In manus tuas, Domine!*..... Venga la hora mia y la bendeciré. Querido hijo, si sucediese que encontrásemos algun periódico que no tuviese noticias de mi última enfermedad y de mi fin, me parecería que habian olvidado alguna cosa.»

En 1867 el Sr de Asnim, ministro de Prusia, habiéndose presentado en el Vaticano en un coche con un solo caballo, fué detenido á la entrada del patio de palacio por un centinela suizo, porque la etiqueta no permitia que se entrase de semejante modo. El principe de Bismarck lo tomó muy á pecho y mandó al señor Asnim bajar las armas de la legacion y partir de Roma al instante; si no le fuese permitido llegarse al palacio pontificio con un solo caballo ó á pié. Pio IX hizo escribir al señor de Asnim por el Cardenal Antonelli, que su Santidad compadecido de las angustias de la diplomacia, daría permiso de alli en adelante á los representantes de las grandes potencias para presentarse en el Vaticano con un cuadrúpedo cualquiera.»

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y cuarto misa conventual, y por la tarde continúan las flores de Mayo.

En Santa Maria á las siete de la mañana. se dará la Comunión primera á los niños.—A las nueve misa solemne con orquesta, y exposicion del Santísimo Sacramento en honor del Patriarca San José, por cuya asistencia ha concedido 40 dias de indulgencia el Excmo. señor Obispo de la Diocesis.

En la Misericordia á las ocho misa acompañada de órgano, en que harán la primera Comunión los niños de las escuelas. Se cantarán motetes y habrá plática preparatoria que dirá el Sr. Cura.—Por la tarde, el ejercicio del mes de Maria, á las cinco: los demas dias á las siete de la tarde.

En las Capuchinas celebrarán las Hijas de Maria Inmaculada y Santa Teresa de Jesús, la funcion del *segundo domingo de mes*.

Por la mañana á las siete y media habrá misa de Comunión general. Por la tarde á las cinco se pondrá de manifiesto á S. D. M.; seguirá un punto de meditacion, el *Cuarto de hora de Oracion*, práctica exclusiva de las hijas de la gran Teresa; plática á cargo de D. Enrique Farach; se rezarán las preces á la Santísima Virgen, á S. José y á la seráfica Doctora; se impondrá el escapulario á las asociadas que ingresen en este dia, y terminará tan solemne acto dando la bendicion con Jesus Sacramentado.

Martes.—En las Agustinas, á las ocho, misa de renovacion, y por la tarde, trisagio.

Jueves.—En las Capuchinas á las siete misa de renovacion. Por la tarde trisagio.

Sábado.—En la Colegial, á las ocho, y en Santa Maria, á las nueve, misa de renovacion.